



Capítulo 500: Apenas sabía lo que estaba pasando a sus espaldas.

La noche del desierto no fue silenciosa.

Ya no.

Lo que una vez había sido un velo de estrellas prístinas, coronando las pirámides en su antigua gloria, ahora estaba manchado de gritos, aullidos y lamentos. Los vampiros y los hombres lobo se destrozaron mutuamente en un enfrentamiento implacable, cada uno tratando de demostrar supremacía. Garras contra colmillos. Sombras contra la carne. Furia contra el acero.

La arena impulsada por el viento ya no era dorada: se volvía roja con cada ráfaga, transformando el desierto en un campo de tumbas improvisadas. Donde antes descansaban los faraones y los imperios olvidados, ahora yacían miembros retorcidos, cuerpos mutilados y ojos vacíos. El olor impregnaba todo —hierro, azufre y humo— como si incluso los dioses hubieran cerrado los ojos ante la matanza.

En lo alto de la pirámide más grande, una figura permanecía inmóvil.

Alexa.

La luna se reflejaba en su cabello naranja, ardiendo como llamas bajo el cielo nocturno. Sus ojos verdes, fríos y penetrantes, observaban la matanza con una calma inquietante. Cada grito de dolor, cada explosión de sangre, no extraía de ella nada más que un silencio indiferente. Sentada con las piernas cruzadas, parecía simplemente una espectadora aburrida, como si el espectáculo se hubiera representado ante ella innumerables veces.



El frío viento nocturno rozó su rostro, llevándole a la boca el sabor metálico de la matanza. Ella suspiró. Para ella, era sólo otra noche en el desierto.

Fue entonces cuando se reveló otra presencia. Silenciosa, como la sombra de un cuervo atravesando la luz de la luna, Kaguya apareció a su lado.

El vampiro era todo lo contrario. Si Alexa exudaba el salvajismo moderado de la bestia, Kaguya era la encarnación misma de la sofisticación oscura. Su capa negra ondeaba como tejida en la oscuridad viviente y sus ojos carmesí brillaban como rubíes bañados en sangre fresca. No necesitaba decir nada para afirmarse: su mera existencia era una afrenta.

Por unos momentos ninguno de los dos habló. Simplemente se quedaron allí, observando el campo de batalla, mientras la música de la muerte resonaba en la distancia. Gritos, aullidos, choque de colmillos, crujido de huesos. Este fue su primer diálogo.

Hasta que Kaguya rompió el silencio:

"¿Cómo llegaron las cosas a este punto?" Su voz era tranquila, pero llena de juicio.

Alexa apartó la mirada del campo de batalla y, mientras miraba al vampiro, sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

"¿No es obvio?" Ella respondió, sarcasmo en su voz. "Los vampiros y los hombres lobo nacen para odiarse unos a otros. Es natural que esto suceda." Kaguya arqueó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho.



"¿Naturalmente?" Ella repitió, saboreando la palabra como alguien que prueba vino amargo. "Eso es lo que dicen los débiles para justificar su existencia."

Un sonido bajo escapó de la garganta de Alexa, mitad risa, mitad gruñido reprimido.

"Tal vez." Sus ojos brillaban con un destello animal. "Pero... no es exactamente así entre nosotros, ¿verdad?"

Su mirada verde se encontró con la mirada carmesí del vampiro. Allí, en medio del caos, se produjo una chispa de algo inusual. No amistad. No confiar. Pero algo... lo suficientemente cercano como para desafiar el orden natural de sus razas.

Kaguya sonrió, una sonrisa fría y elegante. "Eso es porque tenemos algo en común."

Alexa no dudó. "Vergil."

Esa sola palabra fue suficiente. Un nombre que llevaba el peso de las batallas, los recuerdos y el destino. Para ellos, Virgilio no era sólo un hombre—era un eje. Un vórtice alrededor del cual orbitaban sus existencias.

Kaguya asintió lentamente, sin necesitar nada más.

La guerra se desató bajo sus pies. Aullidos, explosiones, miembros arrancados. Pero ninguno de los dos parecía interesado en esta masacre. Estaban allí por otra razón. Y esa razón, finalmente, estaba empezando a revelarse.



Los ojos de Alexa se entrecerraron cuando surgió una nueva presencia. Una figura se alzaba sobre el horizonte de cuerpos mutilados, caminando como un fantasma bajo la luna.

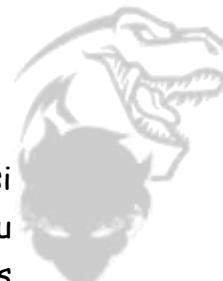
"Parece que ha llegado", dijo Alexa, con su voz profunda atravesando el viento.

Sus ojos se centraron en esa silueta. Y allí estaba él.

Alucard.

El legendario rey de los vampiros.

O mejor dicho... lo que quedaba de él.



Su cuerpo estaba desnutrido, su piel pálida se aferraba a sus huesos como si siglos de hambre y aislamiento hubieran agotado cada gota de vigor. Su cabello, antaño negro e imponente, ahora caía despeinado sobre sus delgados hombros. Su vestimenta, antaño majestuosa, no era más que harapos.

Y, sin embargo, había algo.

Un remanente.

Quizás un destello de poder. Quizás sólo el recuerdo de quién había sido. Pero el aire que lo rodeaba parecía vibrar con un aura antigua, densa, incómoda. Los vampiros más cercanos retrocedieron, como animales que reconocen instintivamente a un depredador por encima de ellos.

Alexa inclinó la cabeza y lo evaluó fríamente.



"Así que eso es todo..." murmuró. "El gran Alucard. El rey al que mi padre siempre temió."

Kaguya permaneció en silencio, con los ojos fijos en la figura cadavérica.

Alexa continuó:

"Mi padre debe pensar que no puede volver al mando." Había desprecio en su voz. "Por eso lanzó esta guerra idiota aquí, en medio del desierto. Distraer, desgastar, borrar cualquier vestigio del antiguo orden antes de que realmente despierte."

Una seca carcajada se le escapó de los labios. "Él piensa que Alucard es sólo un cadáver andante."

Kaguya no se rió. Sus ojos rojos se entrecerraron y se fijaron en el rey arruinado. "¿Y tú? ¿Qué opinas?"

Alexa se tomó un momento para responder. Por un momento, ella simplemente observó al hombre cruzar los campos de los muertos, cada paso agitando la arena.

Entonces, un brillo dorado apareció en sus ojos de lobo.

"Creo... los cadáveres no caminan."

La mirada verdosa de Alexa se encontró con la carmesí del vampiro.



Allí, en medio del caos, había una rara chispa. No amistad. No confiar. Pero algo... lo suficientemente cercano como para desafiar el orden natural de sus razas.

Kaguya sonrió—fría, elegante, como si cada gesto estuviera calculado para herir.

"Eso es porque tenemos algo en común."

Alexa no dudó. "Vergil."

Esa sola palabra fue suficiente. Un nombre que no era sólo un nombre. Era un peso. Una cicatriz. Un vórtice alrededor del cual orbitaban sus destinos. Vergil no era sólo un hombre para ellos—era la espada invisible que cortaba sus vidas antes y después.

Kaguya simplemente asintió. No había nada que añadir.

La guerra continuó abajo: aullidos, explosiones, garras desgarrando carne, colmillos desgarrando huesos. Pero nada de eso importaba. No a Alexa. No a Kaguya. La masacre fue sólo el final del espectáculo. La obra principal estaba a punto de comenzar.

Entonces Alexa entrecerró los ojos.

Algo se estaba moviendo.

Apareció en el horizonte una presencia de cuerpos mutilados. Una figura caminaba lentamente bajo la luna, como un fantasma que nunca debería haber abandonado la tumba.



"Parece que ha llegado", murmuró, con su voz profunda atravesando el viento.

Y allí estaba él.

Alucard.

El rey de los vampiros.

O mejor dicho... lo que quedaba de él.

Su cuerpo parecía hecho de huesos cubiertos de piel translúcida, estirados hasta su límite. Su cabello, antaño negro como la noche, ahora colgaba en mechones sucios y despeinados. Sus ropas, que una vez habían ostentado la gloria de la realeza, no eran más que trapos. Él era la sombra misma de la decadencia.



Pero aún así, había algo.

No era fuerza visible ni majestad exterior. Era un remanente. Un antiguo murmullo, enterrado en el tiempo. El aire que lo rodeaba se sentía pesado, vibrando con un aura tan antigua que el propio desierto parecía recordarlo. Los vampiros más cercanos instintivamente retrocedieron —como presas ante un depredador que sus instintos reconocían incluso cuando sus mentes intentaban negarlo.

Alexa inclinó la cabeza y lo evaluó con ojos salvajes y fríos. "Así que esto es... el gran Alucard. El rey al que mi padre siempre temió."



Kaguya no dijo nada. Ella simplemente fijó su mirada roja en él, como si cada hueso expuesto fuera parte de un rompecabezas que necesitaba descifrar.

Alexa continuó con su voz cargada de desprecio: "Mi padre debe creer que ya no puede volver al mando. Por eso provocó esta guerra idiota, aquí, en medio del desierto. Distracción. Desgaste. Borrar cualquier vestigio del antiguo orden antes de que realmente despierte."

Una risa seca y sin humor se le escapó de los labios. "Él piensa que Alucard no es más que un cadáver andante."

Kaguya no se unió a la risa. Sus ojos carmesí, estrechos y silenciosos, estaban fijados únicamente en esa figura esquelética que cruzaba la carnicería.

"¿Y tú?" finalmente preguntó, con la voz baja, casi un susurro agudo. "¿Qué opinas?"

Alexa tardó un poco en responder. Por un momento, dejó que el silencio fuera tragado por los gritos de guerra y el sonido sordo de la arena moviéndose con cada paso del antiguo vampiro.

Entonces, sus ojos dorados de lobo brillaron bajo la luna.

"Creo..." su boca se curvó en una sonrisa feroz, "es bueno saber que vamos a diezmar dos grandes fuerzas a la vez."

Kaguya sonrió y chasqueó los dedos. Varios vampiros comenzaron a aparecer en la pirámide.

"Pensé que nunca comenzaría", dijo Viper, apareciendo junto a Kaguya.



"Ni me digas... Me moría de ganas de matar a ese maldito Rey Vampiro", dijo Raven sonriendo.

Vergil ni siquiera sabía lo que estaba pasando... pero a sus espaldas, había adquirido un pequeño ejército de vampiros, con la intención de matar a un Rey Vampiro.

Por supuesto, el destino ni siquiera le advirtió que... en unos años... tendría a su lado a la Reina Vampiro y a la Reina Hombre Lobo más poderosas de la historia.

Pero, por supuesto, esa es una historia que se repetirá dentro de unos años.

